

***MITOS Y OLVIDOS EN LA HISTORIA OFICIAL DE MÉXICO.
Memorias y contramemorias en la nueva disputa en torno
del pasado y del presente histórico mexicanos.***

Carlos Antonio AGUIRRE ROJAS.

“La memoria colectiva, al igual que la memoria individual, no conserva el pasado de modo preciso; ella lo recobra o lo reconstruye sin cesar a partir del presente”.

Marc Bloch, “Memoria colectiva, tradición y costumbre”, en *Revue de Synthèse*, 1925.

MITOS Y OLVIDOS EN LA HISTORIA OFICIAL DE MÉXICO. Memorias y contramemorias en la nueva disputa en torno del pasado y el presente histórico mexicanos.

Sobre las funciones históricas de la memoria nacional colectiva.

¿Que función cumple, en general, la memoria histórica de un pueblo, de una nación, de un grupo social o de una sociedad determinada?. Y ¿por qué se cultiva con tanto celo y con tanto esmero, tanto ayer como hoy, la conservación de esas memorias históricas citadas, reproduciéndolas a través de la educación infantil e inculcándolas en el seno de la unidad familiar, pero también dentro de los mas variados espacios institucionales posibles?. Y ¿por qué este cultivo ha dado lugar y continúa siendo el origen de tantas y tan diversas celebraciones y conmemoraciones, encaminadas justamente a mantener 'vivas' y vigentes esas distintas memorias colectivas mencionadas?. ¿Y qué procesos, mecanismos y realidades esenciales se plasman dentro de esos múltiples ritos, ceremonias, monumentos, museos, símbolos y gestos que constituyen la concretización práctica de dichas formas de presencia y de reproducción de esas mismas formas de la memoria social?.

Pero también ¿por qué esas formas vigentes de la memoria colectiva cambian con el paso de los años, enfatizando a veces ciertos aspectos, o determinados personajes, o tales procesos específicos, y en otras circunstancias a otros aspectos, personajes o procesos diferentes de los primeros?. ¿Y por qué es este terreno de la historia y de la memoria, también un claro 'campo de batalla', cuando se producen mutaciones históricas a veces significativas y a veces de menor importancia?. Y ¿cómo se explican entonces tanto la coexistencia muchas veces evidente de *distintas* versiones de esa memoria histórica colectiva, como también la sobrevivencia tenaz, mas allá del dominio de una forma histórica de esa misma memoria, de diversas y muy singulares *contramemorias* históricas de tipo local, regional, de una clase social o de un grupo social determinados?.

Un conjunto de preguntas importantes que, en los últimos meses vividos, han comenzado a replantearse con fuerza en México, a partir del claro embate que, desde diciembre del año 2000, han comenzado a sufrir las explicaciones que eran hasta entonces vigentes en torno de la historia *oficial* de México, y con ella, en torno de la que se consideraba, en general, también la versión *oficial* de nuestra memoria histórica dominante.

Porque en los últimos tres años, se ha comenzado a volver un hecho corriente que, lo mismo en los círculos académicos oficiales que en los distintos ámbitos universitarios, e igualmente dentro de la prensa cotidiana que en las manifestaciones culturales mas diversas, se introduzcan argumentos de que hace

falta 'revisar' la versión oficial de la historia de México, rompiendo con esa 'historia patria maniquea y simplista', que sólo conoce 'héroes impolutos y perfectos' frente a 'villanos execrables y totalmente condenables', para dar paso a una *nueva historia de México*, que estando supuestamente mas acorde con los tiempos que vivimos, y con los supuestos cambios que se habrían producido en nuestro país hace sólo un trienio, permita 'superar' la visión que construyeron los gobiernos priístas durante setenta años, para dar paso a una concepción mas 'moderna' de nuestra propia historia patria. Y con ella, naturalmente, a una también nueva figura de nuestra memoria histórica vigente.

Y es justamente dentro de esta línea que se inscriben tanto la abierta marginación y descalificación de la figura de Benito Juárez, llevada a cabo por prominentes funcionarios del gobierno mexicano actual, como la declarada reivindicación de, por ejemplo, los ahora llamados 'mártires cristeros', pero también los intentos de modificar y 'blanquear' la historia del traidor Tomas Mejía, lo mismo que la iniciativa, felizmente fallida, de rendir homenaje con una estatua ubicada en el Puerto de Veracruz a Porfirio Díaz o de negarle el carácter de 'villano' dentro de nuestra historia. Y ello, junto a los esfuerzos para 'desidealizar' a figuras como Francisco I. Madero, o para 'criticar' los supuestos 'mitos' de la grandeza de las civilizaciones prehispánicas, de la conquista de México por los españoles, de la opresión del pueblo mexicano por esos mismos españoles, o de la venta vergonzosa de Texas por parte de Santa Anna. Y todo esto, a la vez que se intenta también 'criticar' y 'superar', según ciertos historiadores o intelectuales, las distintas 'leyendas negras' que todavía envuelven a personajes como Hernán Cortés, Agustín de Iturbide, Antonio López de Santa Anna, Maximiliano, el mismo Porfirio Díaz, o a instituciones como la Iglesia católica mexicana¹.

Frente a todas estas manifestaciones, puede resultar útil reflexionar con mas cuidado respecto de algunas de las posibles respuestas a las preguntas que antes hemos mencionado, y que en su conjunto, puedan darnos ciertos elementos para desentrañar, de una manera *crítica* y mas *profunda*, aquello que se oculta detrás de este supuestamente inocente reclamo de 'revisión' y de 'actualización' de la historia de México, que bajo la consigna de su 'modernización', lleva implícita una transformación importante, de claro signo *conservador* y *regresivo*, tanto de esa historia *oficial* como de la memoria *dominante* que ahora quiere imponerse, enseñarse y divulgarse en nuestro país.

Y para esta reflexión, quizá sea pertinente comenzar con una comparación de los mecanismos de funcionamiento y de constitución tanto de la memoria

¹ Sobre estas diversas manifestaciones mencionadas, pueden verse, sólo a título de ejemplos, y citados en el mismo orden de los casos referidos en el cuerpo del texto, los siguientes ensayos: Soledad Loaeza, "De historias oficiales y leyendas negras", en *Nexos*, num. 285, septiembre de 2001, Rosa Elvira Vargas y Mariana Chávez, "*Blanquean* la historia del traidor Mejía" en el diario *La Jornada*, 29 de agosto de 2002, Carlos Tello Macías, "Porfirio Díaz al natural", en *Nexos*, num. 285, septiembre de 2001, Ricardo Pérez Montfort, "Madero: el optimismo y la tragedia", en *Nexos*, num. 285, septiembre de 2001, Luis González de Alba, "Los mitos, los hechos", en *Nexos*, num. 285, septiembre de 2001, o Arturo Cruz Bárcenas, "*Crónica de una conquista* intenta exponer una historia sin vencedores", en el diario *La Jornada*, 7 de noviembre de 2002. Para una crítica pertinente del antijuarismo mencionado, véase por ejemplo Paco Ignacio Taibo II, "Si Juárez no hubiera muerto", en el diario *La Jornada*, 25 de septiembre de 2002.

individual, como de las distintas y múltiples formas de las memorias y las contramemorias *colectivas*.

Sobre la memoria individual y las memorias y contramemorias colectivas.

La memoria, a la que los griegos han concebido en su mitología como la madre de todas las artes y las ciencias, incluida también la propia historia, y a la que Aristóteles dividía en memoria 'conciente' o *anamnesis* y memoria 'inconsciente' o *mneme*, puede ser también entendida, siguiendo a San Agustín, como esa suerte de 'palacio' en el que se concentra el entero tesoro de nuestra percepción y de nuestra experiencia². Y también, como una suerte de 'almacén de recuerdos' o 'depósito de puntos de referencia del pasado' que convocamos y utilizamos lo mismo para la comprensión del presente que para la acción, e igualmente como fundamento de la afirmación de una cierta identidad, que como fuente de posibles lecciones para la definición de distintas posibles empresas futuras.

Porque, aunque es evidente que la memoria individual y la memoria colectiva difieren en varios puntos y dimensiones *esenciales*, también es claro que ambas coinciden en ciertos de sus trazos y elementos mas fundamentales. Por ejemplo, en el hecho de que ambas sirven para proveer de una cierta *identidad* a aquellos que las cultivan y conservan, dándoles ciertos referentes del pasado que, al ser concebidos como las experiencias vividas por un individuo, por un grupo, por una clase, por un pueblo o por una nación, han terminado por definir los singulares y muy específicos trazos *distintivos* y *característicos* de ese mismo personaje individual o colectivo.

Pero mientras que un individuo sólo posee, habitualmente, una única identidad, las sociedades, o las naciones o los pueblos, están en cambio conformados por múltiples subgrupos de todo orden, geográfico, social, religioso, cultural, histórico, etc., lo que implica que junto a una posible memoria 'nacional' o 'colectiva' puedan existir, en su interior y por debajo o por encima de la misma, múltiples y muy diversas memorias y contramemorias que corresponden a esas otras tantas 'identidades' también colectivas ya mencionadas.

Y si la memoria individual, lo mismo que la colectiva, sirve como palanca para la acción, en la medida en que trae hasta el presente el recuerdo de los logros y las conquistas alcanzadas en el pasado por aquellos que la evocan, también es claro que dicha palanca difiere cuando es utilizada por el individuo que cuando es convocada por una entidad colectiva, de la misma manera que en que es diferente la acción individual de una acción colectiva. Pues si en el primer caso, solo estamos frente a una posible 'lectura' de esas experiencias pasadas, en el segundo caso la situación se complica por el hecho de que una misma experiencia del pasado es concebida e interpretada de muy distintas maneras por los distintos grupos sociales y hasta por los diferentes individuos que la han protagonizado.

² Sobre estas concepciones de la memoria, véase el texto 'Preface: Memory Work' de Raphael Samuel, en su libro *Theatres of Memory*, Ed. Verso, Londres, 1996.

Porque si también el pasado es un 'campo de disputa' permanente, y si el mismo puede ser reapropiado de diversas maneras por las diferentes clases sociales, como nos lo explicó tan brillantemente Walter Benjamin³, entonces la memoria colectiva incluye también como una de sus dimensiones esenciales a esas varias 'lecturas' o miradas posibles de los distintos hechos, fenómenos o procesos depositados en su propio seno.

Y mientras que la memoria individual tiene siempre una suerte de mecanismo de 'autoprotección', que tiende espontáneamente a 'borrar' o eliminar, o en todo caso a disminuir las experiencias negativas o desagradables vividas por los individuos, conservando y hasta resaltando en cambio las experiencias positivas o agradables de ese mismo personaje individual, la memoria colectiva, en cambio, no puede tan fácilmente llevar a cabo esta sesgada 'selección' de las experiencias que elimina y que conserva. Porque las victorias de una clase social son también las derrotas de su clase oponente, y la historia que siempre 'escriben los vencedores' es al mismo tiempo el silenciamiento y la marginación de la historia, de los logros y de las conquistas de los que finalmente fueron los 'vencidos' de ese mismo drama histórico.

Por ello, junto a la memoria dominante, que será siempre la versión *oficial* y justificadora de esos mismos vencedores, habrán de existir y de desarrollarse, permanentemente, múltiples contramemorias *alternativas*, que expresando la visión de los vencidos y de los derrotados dentro de las sucesivas batallas históricas, nos darán también tramas importantes e imprescindibles de esa misma memoria colectiva de los pueblos y de las naciones.

Y entonces, dado que un individuo no pelea normalmente en contra de sí mismo, su memoria individual será algo coherente y unitario. Pero en cambio, como a lo largo de siglos y milenios las sociedades humanas han estado divididas en clases sociales, entonces frente a una memoria que será *hegemónica*, se levantarán también muchas memorias *sometidas* y *subalternas*, memorias locales, campesinas, indígenas, obreras, o populares, entre muchas otras, que con su existencia habrán de complicar el tejido global de esa mismas memorias colectivas sociales. Memorias y contramemorias reprimidas y dominadas por esa memoria hegemónica, que salen a luz, precisamente, cuando pasamos el cepillo de la historia 'a contrapelo' de esa historia y de esa memoria oficiales y dominantes.

Pero la memoria individual, como lo han demostrado tantas veces los psicólogos, es algo muy *frágil*, que lo mismo distorsiona los recuerdos de lo que realmente sucedió, que confunde los lugares, los momentos y las circunstancias exactas de las experiencias que atesora. De modo que, más que una imagen precisa, lo que la memoria individual entrega es más bien una constante reinvencción y reactualización, cada vez un poco distinta, de los hechos del pasado. E igualmente sucede con la memoria colectiva, la que si bien es menos frágil que la memoria individual, por contar con el concurso de su mismo carácter colectivo, se encuentra sin embargo inmersa en ese mismo proceso de reactualización y reinvencción permanentes, determinado en este caso, en cambio,

³ Véanse sus agudas reflexiones en su célebre texto, Walter Benjamin, "Tesis sobre la filosofía de la historia", en *Discursos Interrumpidos*, Ed. Planeta – De Agostini, Barcelona, 1994.

por el permanente relevo de los grupos dominantes, y por la propia evolución del conflicto social que antes hemos evocado.

Con lo cual, si esa memoria colectiva, es esa constante reconstrucción del pasado en cada distinto presente, entonces será también una realidad para nada estática e inmutable, sino mas bien algo profundamente dinámico y mudable. Lo que explica en parte el hecho de que, de manera reiterada y recurrente, esa memoria histórica colectiva se convierta en un terreno de disputa y de confrontación entre diversas clases y grupos sociales diferentes. Algo que, en el México actual de este año de 2004, se ha vuelto particularmente evidente y candente. Y que, a la luz de las observaciones anteriores, puede quizá ser visto de una manera diferente, al mismo tiempo crítica y mas en profundidad.

Sobre la construcción de los mitos fundadores de la memoria histórica mexicana.

Al final de su texto sobre “Los Sentimientos de la Nación”, y sólo tres años después de que el movimiento de independencia en México había comenzado, Morelos proponía, en un curioso punto final del documento mencionado, que la fecha del 16 de septiembre fuese cada año festejada, al considerársele el momento de inicio de la gran lucha por la Independencia de México⁴. Así, cuando aún *no* era posible prever el desenlace final de esta lucha, ni por lo tanto el grupo vencedor que finalmente impondría su versión de estos mismos hechos históricos comenzados en septiembre de 1810, ya había comenzado el proceso de formación de un de los *mitos fundadores* de la memoria histórica de la nación mexicana, mito que al correr de los lustros y las décadas habría de irse afirmando y estableciendo como el *primer estrato* definitorio de las principales “señas de identidad” de la supuestamente moderna nación mexicana.

De este modo, estableciendo una primera fecha a conmemorar, cuya vigencia dura hasta el día de hoy, ese movimiento de independencia comenzaba a afirmarse, desde el momento mismo de su propio despliegue inmediato, como el primero y más general de los *mitos constitutivos de la identidad nacional* de los mexicanos, de la identidad general de los habitantes de este país, que habiendo nacido justamente como fruto de dicha independencia, comenzará pocos años después a llamarse México, o República Mexicana, o Estados Unidos Mexicanos.

Con lo cual, México sólo repetía un proceso que la mayoría de las naciones modernas han recorrido, y en el cual el mito de su identidad nacional se ha afirmado siempre a partir de una gran guerra, sea civil o sea de independencia, como en el caso de Francia y de la revolución francesa, de Inglaterra y la

⁴ Cfr. el texto de José María Morelos y Pavón, “Los Sentimientos de la Nación” incluido en la *Enciclopedia de México*, Tomo VII, Página 4196, Coedición Secretaría de Educación Pública - Compañía Editora de Enciclopedias de México, México, 1987. El texto dice literalmente: “23°. Que igualmente se solemnice el día 16 de septiembre, todos los años, como el día aniversario en que se levantó la voz de la independencia, y nuestra santa libertad comenzó, pues en ese día fue en que se abrieron los labios de la nación, para reclamar sus derechos y empuñó la espada para ser oída, recordando siempre el mérito del grande héroe el señor Don Miguel Hidalgo y su compañero Don Ignacio Allende.”

revolución inglesa o de Estados Unidos y de su revolución de independencia, entre otras⁵.

Porque es claro que todas las naciones del mundo son *construcciones históricas* absolutamente recientes, que sólo corresponden a la época de la historia del capitalismo de los últimos cinco siglos⁶. Y también, es claro que para afirmarse y legitimarse en general, esas entidades nacionales se han valido siempre y se valen aún hoy de la manipulación y reconstrucción de los hechos históricos, fabricando esos “mitos fundadores” de las naciones a través de versiones específicas de dichas guerras, batallas y procesos históricos, que en general tienden a exaltar a esos combates militares como “gestas gloriosas” que fundan una nacionalidad, o un país, o una identidad en la “fragua del heroísmo y de las virtudes” de los habitantes de un cierto territorio, y en la oposición y defensa, siempre finalmente victoriosa, frente a los “enemigos externos o internos”, gestas que se enriquecen, renuevan y prolongan a lo largo de décadas y siglos para consolidar, afirmar, liberar, defender, modernizar o proyectar hacia todo el mundo a esa misma nación o país en cuestión.

Así, una de las varias dimensiones importantes de esta construcción histórica de las naciones, es la de la fabricación de una *memoria histórica* de sus orígenes, de su evolución o trayectoria, de sus fiestas y conmemoraciones, pero también de sus símbolos de identidad, de sus lugares de culto cotidiano⁷, de sus rituales principales y también de su particular panteón de “héroes” y de “villanos”. Una memoria histórica que si bien se establece, en sus estructuras fundamentales, conforme dicha nación se afirma y se consolida históricamente, está también sujeta, *permanentemente*, a un proceso de actualización y de redefinición profunda, que la rehace y la reinterpreta todo el tiempo en función de las circunstancias y de las necesidades de cada *presente histórico*.

Porque si las clases y los grupos que dominan en cada nueva coyuntura histórica lo hacen, entre otros medios, a través del esfuerzo de crear en cada caso un cierto consenso ideológico que justifique y legitime su dominación, es obvio que uno de los varios mecanismos importantes de la creación de dicho consenso, es esa manipulación y reactualización de la memoria histórica dominante. Memoria

⁵ Cfr. sobre este punto las agudas observaciones de Giovanni Levi, quien refiere estos casos comparándolos con la situación de Italia, donde ese “mito fundador” de la nación italiana *no existe*. Véase “Entrevista con el historiador italiano Giovanni Levi. La discusión histórica tiene consecuencias políticas” en el sitio en Internet: <http://ns.fcs.ucr.ac.cr/~historia/articulos/e-levi.htm>

⁶ Cfr. sobre este punto Eric Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Ed. Crítica, Barcelona, 1997, en donde Hobsbawm parece pretender incluso que dichas naciones serían un fenómeno solamente de los últimos dos siglos vividos, por lo menos en lo que corresponde a su carácter más orgánico. Por nuestra parte creemos más bien que la nación es una creación del moderno sistema capitalista, cuya era data, como afirmó Marx, “del siglo XVI”.

⁷ Sobre estos llamados “lugares de la memoria” cfr. la voluminosa obra coordinada por Pierre Nora, *Les lieux de memoire*, (7 volúmenes), Ed. Gallimard, París, 1984-1992, y también el “Dossier” principal del número 307 de *Le magazine littéraire*, París, 1993. Para una crítica de la exageración “conmemorativa” a que dio lugar esta obra, cfr. Carlos Antonio Aguirre Rojas, “La historia modernista francesa entre 1985 y 1995. Apunte introductorio” en el libro *Diez años de historiografía modernista*, Ed. Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, 1997. Una aproximación diferente a algunos de estos temas conectados con dichos “lugares de la memoria”, pero también, más en general, a los complejos vínculos entre memoria e historia, puede verse en el libro de Raphael Samuel, *Theatres of memory*, antes ya citado.

histórica que por lo tanto y según los reacomodos y cambios de dichas clases y grupos dominantes, verá enfatizados o marginados tales o cuales de sus elementos centrales, a la vez que se reinterpretan sus versiones anteriores, y se agregan a su estructura general, lenta pero continuadamente, nuevos elementos, matices, señales o dimensiones nacidas de cada uno de esos presentes históricos específicos⁸.

Además, y para hacer más complejo este cuadro, es sabido que frente a esa “memoria histórica” nacional, normalmente genérica y dominante a nivel social, a pesar de sus cambios, manipulaciones y reconstrucciones sucesivas, existen también *otras memorias alternativas*, dominadas y no hegemónicas, pero igualmente presentes y actuantes dentro de la cultura y el imaginario colectivo de las sociedades. Memorias de alcance más local, de una existencia más accidentada, o de una presencia social más marginal, aunque a veces igualmente tenaz, que expresan y rescatan a las tradiciones y a los recuerdos de las clases subalternas, conformando por ejemplo una “memoria obrera” de las luchas, triunfos y derrotas de la clase obrera de un país, o una “memoria campesina”, o también una “memoria popular”, que si bien no cumplen el rol hegemónico de memoria “oficial” o “nacional”, o supuestamente “cohesionante” de todo un país, si mantienen en cambio vivas y actuantes las tradiciones, los recuerdos, las experiencias y las lecciones atesoradas que conforman la identidad de clase y la identidad social de esos grupos populares, o campesinos, u obreros, o marginales de una “nación” cualquiera, la que sólo a nivel del discurso es supuestamente unitaria y homogénea.

Por otra parte, y más allá de este conflicto, a veces latente y a veces manifiesto, entre la memoria histórica dominante y esas memorias dominadas y alternativas, está el hecho de que dicha memoria no es más que *una* de las tantas dimensiones de la cultura en la que se enmarca, y más en general del proceso de la historia global del país, o nación, o espacio social en el que se despliega. Lo que entonces implica que, para comprender adecuadamente la estructura general de una cierta memoria histórica nacional, junto a sus sucesivas readaptaciones y transformaciones acordes con cada presente específico, hace falta también resituar a esas memorias –la hegemónica, y las diversas contramemorias alternativas⁹--, dentro de dicha historia general, que es el contexto que explica tanto su permanencia y vigencia de larga duración, como también sus cambios y modificaciones sucesivas en cada nueva coyuntura histórica vivida.

Y es sólo esta reubicación y confrontación de la memoria histórica respecto de la historia general que es su contexto real, la que nos permite distinguir los

⁸ Sobre esta *maleabilidad* de la memoria colectiva y sobre su constante *reactualización* en cada nuevo “presente” histórico, cfr. el clásico libro de Maurice Halbwachs, *Les cadres sociaux de la mémoire*, Ed. Albin Michel, París, 1994, en especial el Capítulo VI. Véase también el agudo comentario crítico de Marc Bloch a esta obra de Halbwachs, “Memoria colectiva, tradición y costumbre. A propósito de un libro reciente”, en *Historia e historiadores*, Ed. Akal, Madrid, 1999. Véase también el artículo de Marcia Mansor d’Alessio, “Memoria: leituras de M. Halbwachs e P. Nora” en la *Revista Brasileira de História*, Volumen XVIII, Num. 25/26, Sao Paulo, 1993.

⁹ Sobre esta difícil relación entre memoria hegemónica y las posibles “memorias alternativas” o “contramemorias”, cfr. el artículo de Carlo Ginzburg, “La preuve, la mémoire et l’oubli” en el sitio: <http://www.abbc.com/aaargh/fran/actu/actu02/doc2002/artium.html>

elementos reales de los elementos míticos de dicha memoria. Porque si esa memoria histórica se construye transformando en *símbolos* ciertas fechas, personajes, lugares o acontecimientos, pero también determinados hechos y fenómenos históricos, entonces es claro que dicha *conversión simbólica* sólo es posible en la medida en que se magnifican y sobredimensionan, deformándose, esos mismos datos y elementos históricos recién mencionados.

E igualmente sucede con los elementos nuevos que cada presente agrega a esas memorias, lo mismo que a las configuraciones siempre diferentes que ellas adoptan, elementos y configuraciones que al nacer en el suelo de cada coyuntura o circunstancia histórica nueva, se explican también cuando reconstruimos las vicisitudes y los itinerarios que, a lo largo del tiempo, han recorrido y cumplido esas mismas memorias y contramemorias que cada nación forja como otra de las tantas expresiones de su singular historia cultural¹⁰.

Concibiendo entonces a estas memorias, hegemónicas y alternativas, como dimensiones específicas de las culturas nacionales de las sociedades modernas y contemporáneas, y por lo tanto, como toda realidad cultural, como un espacio de disputa y de combate ideológico entre los grupos, los sectores y las clases sociales diversas, tratemos de aproximarnos con más detalle al caso de las formas diversas y los modos de desarrollo de esa memoria histórica dentro de la historia de México, memoria que, desde hace algunos pocos años, y luego de los supuestos cambios inaugurados en diciembre del año 2000, se ha vuelto, una vez más, el terreno de una clara *batalla cultural* en torno a la explicación e interpretación de nuestros diferentes pasados y presentes históricos, y en consecuencia, en torno a los principales elementos de nuestra pretendida "identidad nacional".

¹⁰ Sobre este punto, cfr. el muy desigual número de la revista *Ayer*, titulado "Memoria e Historia", revista *Ayer*, num. 32, Madrid, 1998. Y véanse también las muy discutibles tesis planteadas en el texto de Peter Burke "La historia como memoria colectiva", incluido en el libro *Formas de historia cultural*, Ed. Alianza Editorial, Madrid, 2000.

Las estructuras principales de la memoria mexicana hegemónica.

“(La) memoria colectiva (...) no conserva el pasado, sino que lo reconstruye con la ayuda de restos materiales, de ritos, de textos, de las tradiciones que ese pasado ha dejado, pero también con el apoyo de los hechos psicológicos y sociales recientes, es decir con el presente”.

Maurice Halbwachs, *Les cadres sociaux de la mémoire*, 1925.

Cuando observamos la historia reciente de México, desde una perspectiva que intente darle densidad histórica a nuestra mirada y a nuestro análisis de esta historia, es decir desde una perspectiva histórica de *larga duración*,¹¹ y si nos concentramos en esta dimensión ya referida de lo que es hoy la *estructura general* de la singular *memoria nacional* de nuestro país, podremos darnos cuenta de que esta memoria se ha conformado, en esas estructuras básicas y fundantes de su arquitectura general, superponiendo *dos* planos centrales que se acoplan y refuerzan mutuamente, y en torno de los cuales giran el resto de los elementos y partes constitutivas de esta misma memoria dominante.

Dos planos centrales superpuestos que son, en primer lugar el *mito de nuestra Independencia Nacional* frente al imperio español, independencia que en esta versión *funda* la nación mexicana y que, emancipándose de esa dominación española de casi tres siglos, daría origen a la historia moderna y contemporánea de México. Y en segundo lugar, el *mito de la Revolución Mexicana* de principios del siglo XX, revolución que al mismo tiempo que refrenda y reactualiza nuestra independencia y soberanía como nación, frente a las presiones y a las influencias de las potencias y de los capitales extranjeros, permite a México dar el gran paso hacia su “modernización” y hacia su transformación en un país que, de pleno derecho y supuestamente en igualdad de condiciones, se integra orgánicamente dentro del más contemporáneo concierto de las “naciones civilizadas”.

Dos mitos centrales constitutivos de la identidad nacional que las clases hegemónicas han impuesto como dominante en nuestro país, a lo largo de todo el siglo XX, a los que en ocasiones se agregan, con mayor o menor rango y de manera a veces más armónica y sencilla y a veces más conflictiva y difícil, la gesta de las guerras y las Leyes de la Reforma juarista, o la obra de algunos presidentes mexicanos del siglo XX como Lázaro Cárdenas, pero también ciertos sucesos fundamentales como el reciente movimiento estudiantil popular de 1968. Con lo

¹¹ Sobre esta perspectiva de la larga duración histórica, cfr. el clásico ensayo de Fernand Braudel, “La historia y las ciencias sociales. La larga duración” en el libro *Escritos sobre Historia*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1991. También Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Fernand Braudel y las ciencias humanas*, Ed. Montesinos, Barcelona, 1996 y *Ensayos Braudelianos*, Ed. Manuel Suárez Editor, Rosario, 2000.

cual, y gravitando en torno de estos dos procesos centrales de la Independencia mexicana y de la Revolución Mexicana, es que van a constituirse esas fechas, lugares, tradiciones, ritos, textos y conjunto de héroes y villanos que pueblan de distintas maneras nuestra actual memoria mexicana.

Pero, como lo han señalado varios de los analistas de la memoria colectiva, que antes hemos referido, esta memoria se define tanto por lo que afirma, consagra y propone conmemorar, como también por lo que niega, omite, margina o condena explícitamente. Y del mismo modo en que no existe el día sin la noche, tampoco hay memoria sin olvido, lo que nos permite comenzar a reubicar y a recontextualizar desde una perspectiva más amplia, y al mismo tiempo crítica, a estas estructuras generales y fundantes de la actual memoria nacional mexicana.

Así, resulta curioso comprobar que en el mito fundador de nuestra independencia, el claro enemigo señalado, como elemento a negar y a condenar era el elemento del dominio colonial español, ejercido durante tres siglos, y que será justamente roto y superado por nuestro movimiento de independencia. Pero, si la independencia negaba ese dominio español, lo hacía ¿para afirmar qué cosa?. ¿Para reivindicar, frente a esa dominación ibérica, de la que entonces hemos logrado emanciparnos, a qué grupo social, a qué elemento étnico, a qué clase o conjunto de individuos?.

Entonces, si recordamos que la dominación española se constituyó avasallando y sometiendo a las poblaciones indígenas prehispánicas, tal vez podríamos pensar que al negar lo español, y al independizarnos, lo haríamos para reivindicar de nuevo y restituir en su verdadero lugar a esa *matriz indígena*, mayoritaria socialmente y más antigua, dentro del conjunto de la población de lo que entonces comenzaba a ser el México independiente. Pero, como han venido a recordárnoslo a todos, los dignos rebeldes neozapatistas chiapanecos desde 1994, este mito de la independencia *no* se construyó para reivindicar a los pueblos indígenas originarios de nuestro territorio¹², y ni siquiera tampoco a las poblaciones mestizas nacidas del múltiple y complejo mestizaje cultural de nuestras tres raíces –la indígena, la negra y la europea--, sino simplemente para negar a ese dominio español, y para reivindicar frente a el, de un modo genérico y

¹² De este modo, creemos que si bien ciertos elementos derivados de esa matriz indígena han sido efectivamente recuperados e integrados dentro de dicha memoria hegemónica, lo han sido sólo en una condición claramente *marginal* o muy *puntual*, como por ejemplo ciertos elementos de ese origen indígena dentro del escudo de nuestra bandera nacional, o también en el recuerdo muy acotado y sin más consecuencias de la figura del mártir Cuauhtémoc –significativamente concebido en esta condición de *mártir*, mas que en la de un verdadero *héroe rebelde* que se subleva en contra de la brutal conquista española, por ejemplo--, elementos que tienen claramente un rol totalmente *secundario* y marginal dentro de dicha estructura general de esa memoria dominante. De manera que la creación de dichos mitos de la memoria y de la identidad nacional del México ‘moderno’ *si* parece hacer, casi totalmente, tabla rasa con los elementos de esa memoria indígena referida. Lo que, obviamente, no es un obstáculo para que dichos elementos tengan un papel mucho mas esencial e importante dentro de las diversas memorias *alternativas* de las diferentes clases populares subalternas. Para una explicación *diferente* a la nuestra de este punto, cfr. los trabajos de Enrique Florescano, *Etnia, Estado y Nación*, Ed. Taurus, México, 2001, *La Bandera Mexicana*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 2001 y *Memoria Mexicana*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1999.

bastante impreciso, a los “mexicanos”, es decir a los habitantes de nuestro país nacidos sobre el territorio nacional¹³.

Y si recordamos que esa revolución de independencia ha sido finalmente capitalizada por los sectores criollos de la antigua Nueva España, marginando las demandas de los sectores populares y rearticulando a la antigua dependencia respecto a España para sustituirla por una nueva dependencia más plural respecto de varias economías europeas¹⁴, podremos entender porque en dicho proceso de independencia y en el mito conmemorativo en el que se plasma más adelante, *no* aparece esta reivindicación ni del elemento indígena, ni del elemento mestizo popular.

Del mismo modo en que tampoco aparece como algo central el tema de la *dependencia económica*. Porque si bien es cierto que después de 1821, México logra su independencia *política* frente a España, constituyendo un estado nacional más o menos libre, soberano y autónomo –lo que además habría que matizar en muchos sentidos–, su dependencia económica en cambio va a continuar hasta el día de hoy, cambiando progresivamente los centros económicos de los que dependemos, pero manteniendo idéntica nuestra *ausencia* general de independencia y autodeterminación económicas.

Por eso, si el mito de la memoria nacional pone énfasis en la independencia de los “mexicanos” frente al dominio “político” español, es justamente porque hasta el día de hoy dicha memoria hegemónica se niega a reconocer el esencial legado de nuestros pueblos indígenas, el profundo proceso de mestizaje cultural de nuestras poblaciones, y también nuestra permanente y aún vigente condición de dependencia económica general y estructural.

Y lo mismo sucede con el segundo plano central o eje de gravedad de esta memoria mexicana dominante, la que afirmando una vez más que la Revolución Mexicana se hizo en parte en contra del “entreguismo” y de la subordinación de Porfirio Díaz respecto de las potencias extranjeras y respecto de los capitales foráneos –con lo cual se entronca como una prolongación y reactualización casi natural de los logros de nuestra Independencia–, insiste sobre todo en el hecho de que, gracias esa Revolución Mexicana, se ha comenzado a edificar el “México moderno” acorde a los tiempos y a las circunstancias más contemporáneas, a la vez que el México completamente “civilizado”, que deja atrás las tradiciones

¹³ Sobre este complejo mestizaje cultural de la Nueva España y sobre sus múltiples consecuencias, cfr. Bolívar Echeverría, *La modernidad de lo barroco*, Ed. Era, 1998 y también Tzvetan Todorov, *La conquista de América: el problema del otro*, Ed. Siglo XXI, México, 1989. Esta ambigüedad que se negaba a reivindicar específicamente el elemento indígena y que incluía genéricamente en ‘los mexicanos’ a todos los habitantes nacidos en nuestro propio territorio es muy clara ya en el Plan de Iguala, propuesto por Agustín de Iturbide en febrero de 1921 (cfr. el texto de este Plan de Iguala, en la *Enciclopedia de México*, Tomo VII, Páginas 4200 y 4201, antes citado). Y es claro que el proceso de construcción del mito de la independencia mexicana, habrá de retomar y continuar esta misma ambigüedad hasta el día de hoy.

¹⁴ Por lo demás, este desenlace de la independencia de México es parte de una tendencia más amplia que se repite igualmente en *toda* América Latina, en donde igualmente son marginadas las clases populares, y en donde dichas independencias desembocan reiteradamente sólo en una reestructuración de los grupos internos de las mismas elites dominantes dentro de la etapa colonial, junto a una simple reorientación y desplazamiento de nuestra dependencia respecto de los centros económicos entonces hegemónicos. Sobre este punto, cfr. Immanuel Wallerstein *El moderno sistema mundial: la segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista*, Tomo III, Ed. Siglo XXI, México, 1998.

premodernas y arcaicas para enfilarse por la ruta del progreso y el avance dictados por esa misma “modernización”.

Sin embargo, una vez más, este mito de la Revolución Mexicana incorporado como segundo eje de la memoria hegemónica y de la identidad nacional dominante e impuesta, olvida insistir en el hecho de que dicho México “moderno” sólo se construyó sobre la *derrota general* de los grupos campesinos más radicales que participaron en esa Revolución Mexicana, de las huestes villistas y zapatistas, y por lo tanto sobre la marginación, aplastamiento y cancelación del proyecto de nación que hubiesen podido encarnar esas mismas clases campesinas radicales¹⁵.

Así, reduciendo a este proyecto alternativo al de simple “componente agrario” de esa Revolución Mexicana, el mito de nuestra memoria dominante ignora que una de las causas *centrales* de dicha revolución fue la demanda campesina por la propiedad de la tierra, en la lógica de que “la tierra debe ser de quien la trabaja” y en el espíritu de hacer justicia real a la que entonces era todavía la clase popular o subalterna *mayoritaria* de nuestro país, la clase de los campesinos pobres y explotados.

Además, y junto a esta banalización de la vía campesina radical de la revolución, el mito de la memoria nacional mexicana todavía vigente, instaura una versión de ese movimiento revolucionario de 1910-1921 en el que, de manera absurda y antihistórica, se nivela y homogeneiza a todas las corrientes diversas y a los distintos y hasta contradictorios y excluyentes proyectos de nación que se enfrentaron en esa misma Revolución Mexicana, reduciendo por ejemplo al complejo y radical proyecto socialista y anarquista de los hermanos Flores Magón, al rango de simples “precursores” o “antecedentes” del estallido de 1910, mientras que deforma y recupera a Francisco Villa y a Emiliano Zapata, y a las vastas masas campesinas que ellos acaudillaban, bajo la simple y limitada condición de “caudillos agrarios” y de “ejércitos campesinos” de una supuestamente homogénea, unitaria y monolítica Revolución Mexicana, a la que por añadidura se declara sin más como triunfante.

Y junto a estas manipulaciones, que borran todas las diferencias *cruciales* de las *muchas revoluciones* locales, sociales, regionales, de clase, de objetivo, y de proyecto que fue esa “Revolución Mexicana”, el mito de la memoria mexicana, olvida también señalar que, en virtud de los reacomodos geopolíticos mundiales de finales del siglo XIX y principios del siglo XX cronológicos, el proyecto de un México supuestamente “civilizado” y “moderno” que se impuso como resultado de la Revolución Mexicana y del triunfo en ella de la facción del grupo Sonora, no era otro que el del proyecto de imitar y tratar de adoptar, acrítica y servilmente, el modelo de la modernidad y de la civilización que durante el siglo XX se volvió el modelo hegemónico en todo el mundo occidental, es decir el modelo norteamericano del vacío, tecnocrático y consumista *American way of life*¹⁶.

¹⁵ Sobre estos proyectos campesinos *alternativos* dentro de la Revolución Mexicana, cfr. de Friederich Katz, *La guerra secreta en México*, Ed. Era, México, 1982, y *Pancho Villa* (2 volúmenes), Ed. Era, 1998. También de Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*, Ed. El Caballito, México, 1976.

¹⁶ Sobre este punto, cfr. la entrevista a Bolívar Echeverría “Chiapas y la conquista inconclusa”, en el libro colectivo *Chiapas en perspectiva histórica*, Ed. El Viejo Topo (Segunda Edición), Barcelona, 2002. También muchos de los ensayos de Carlos Monsiváis, que ha criticado y ridiculizado agudamente esta versión del “ser

Porque después de 1921, y a todo lo largo del siglo XX, el rasero que ha sido utilizado para medir nuestro “tradicionalismo” o nuestro grado de verdadera “modernización”, a la vez que el supuesto progreso, más lento o más rápido, de nuestra “civilización”, ha sido sin duda el de la mayor cercanía o lejanía que presentaban las realidades, los fenómenos y las estructuras existentes en México respecto de sus equivalentes elementos norteamericanos. Con lo cual, era precisamente el mayor o menor grado de perfección en cuanto a la copia y la imitación de esa modernidad norteamericana, lo que se utilizaba como criterio de medida de nuestro supuesto ‘avance’ dentro de esa ‘magna’ ruta de la modernidad, lo que haciendo abstracción de nuestra historia *originaria* y de nuestro singular itinerario histórico - evolutivo de los últimos quinientos años, ha pretendido enjuiciarnos y hasta calificarnos a partir de la comparación sistemática con la economía, la democracia, la sociedad, la cultura y hasta la civilización de los Estados Unidos de Norteamérica.

Lo que por otra parte, ilustra el hecho que han señalado varios de los estudiosos del fenómeno de la memoria histórica, en el sentido de que dicha memoria tiende siempre a eliminar las contradicciones de la historia real, constituyéndose como una construcción coherente y armónica, y en la que sus distintas partes embonan y se complementan siempre sin conflicto y de manera pertinente. Y entonces, si el mito de la independencia niega nuestra raíz indígena, y nuestro complejo mestizaje cultural de tres siglos, ignorando además la dependencia económica que sobrevive más allá de la independencia política, entonces es lógico que a la abstracta y genérica reivindicación de los fantasmales y poco concretos “mexicanos”, y al reclamo y defensa de una limitada y también etérea “independencia nacional” puramente política, corresponda armoniosa y tersamente el mito de una revolución pretendidamente unitaria, homogénea, triunfante y supraclasista, cuyo principal fruto es ese paso hacia una modernidad también desencarnada, nebulosa y supuestamente perfecta e ideal.

Complementación armoniosa y lineal del mito independentista con el mito revolucionario, que entonces hace posible que el resto de los elementos de esa memoria hegemónica y dominante graviten igualmente dentro de esta lógica selectiva de ciertos *énfasis intencionados*, pero también de ciertos *olvidos estratégicos*, de los diversos hechos, fenómenos y procesos históricos esenciales de nuestro devenir.

Por ejemplo, el fenómeno del juarismo y del movimiento de la Reforma en México, en el que lo que se enfatiza sobre todo es la “defensa” de la nación frente a la intervención francesa extranjera, y después, el logro de una separación clara entre la esfera pública laica del Estado y el mundo privado y específico de las creencias religiosas. Una visión que concibe a la obra de la “Reforma” en México *sólo* como reiterado refrendo de nuestra “independencia” –amenazada por la potencia francesa— y como una suerte de equitativo “reparto” de espacios sociales y de funciones y tareas, entre dicho poder público del Estado, y los poderes privados de la Iglesia y el clero mexicanos.

moderno” al modo norteamericano, impuesta durante todo el siglo XX por las clases dominantes mexicanas, por ejemplo en su libro *Amor perdido*, Ed. Era, México, 1999.

Pero esta visión idílica de la memoria hegemónica, olvida entonces subrayar el papel *esencial* que ha tenido el proceso de desamortización de los bienes del clero cumplido en estos mismos tiempos, proceso que al acotar y disminuir significativamente el *enorme poder económico* de la Iglesia en México, hizo a la vez posible que el Estado *limitara y controlara* realmente, al menos en cierta medida, a dicho grupo de la Iglesia mexicana. Iglesia mexicana que no sólo apoyó abiertamente las varias intervenciones extranjeras que padecemos a lo largo del siglo XIX e incluso a comienzos del siglo XX, sino que también jugó permanentemente un papel reaccionario y profundamente conservador dentro de la historia de México, oponiéndose sistemáticamente a los cambios sociales progresistas, y a las demandas populares de todo el conjunto de las clases subalternas mexicanas.

Con lo cual el juarismo, lejos de ser ese terso y pacífico reparto de tareas entre Iglesia y Estado, fue más bien una enérgica denuncia de ese papel en general retardatario del clero mexicano, a la vez que una igualmente radical imposición, desde el Estado, de una clara estrategia de definición y acotamiento de los límites que debería tener y mantener el poder económico y social de esa “Iglesia de los ricos” que, hasta antes de 1968, fue en su abrumadora mayoría la Iglesia en México. Dimensiones entonces *esenciales* del legado de Benito Juárez, estratégicamente olvidadas en esa versión ‘color de rosa’ de la memoria hegemónica, que se vuelven extremadamente *actuales* y *vigentes* a partir de la clara ofensiva que el clero de la alta jerarquía de la Iglesia católica mexicana actual, aliada de los ricos, ha estado desarrollando en los últimos tres años. Una ofensiva social e ideológica, que pugna abierta y desvergonzadamente por la recuperación, para esa Iglesia de los ricos, de los espacios públicos, sociales y culturales perdidos durante los últimos ciento cincuenta años, lo mismo que por el rescate de los viejos e injustos privilegios sociales y políticos que habían sido valientemente eliminados por dichas Reformas juaristas.

O también el caso del papel que ocupa, en esa memoria dominante, la obra de Lázaro Cárdenas, la que en la versión “oficial” es exaltada tanto por el acontecimiento muchas veces celebrado de la “expropiación petrolera” –leído, una vez más, como refrendo de nuestra independencia y soberanía frente a las compañías petroleras extranjeras--, como por el acendrado “agrarismo” cardenista, que vendría a profundizar y relanzar, culminándolo, el “reparto agrario” o la “reforma agraria” derivada de la “fuerte vena agrarista” de la Revolución Mexicana.

Y si bien es cierto que, después de la contrarreforma agraria salinista, y de la política “desnacionalizadora” de los últimos gobiernos mexicanos, desde el de Miguel de la Madrid hasta el de Vicente Fox, incluso esta versión *oficial* del cardenismo original comienza ya a resultar incómoda y difícil de integrar en esa memoria hegemónica oficial –y sobre todo, a la luz de la reactualización de este legado cardenista realizada primero por el neocardenismo de los años de 1987 y 1988, y luego y hasta ahora por el propio Partido de la Revolución Democrática--, eso no elimina el hecho de que en dicha versión oficial de nuestra memoria dominante, se haya omitido lo que representaba, en profundidad, el proyecto de Lázaro Cárdenas de impulsar una educación *socialista* en México, junto al papel extraordinariamente *protagónico* que, todavía en vísperas de la segunda guerra

mundial, han tenido tanto las clases campesinas pobres como la clase obrera mexicana, proyectos y protagonismo que sólo se explican por la enorme fuerza y vitalidad de una *radical revolución social popular* que, aunque fue claramente derrotada, se mantuvo sin embargo todavía muy viva, actuante y presente durante toda la coyuntura histórica que, en el mundo y también en América Latina y en México, se despliega entre la primera y la segunda guerra mundiales¹⁷.

E igualmente sucede, por ejemplo, con el movimiento estudiantil popular de 1968, un movimiento que si desde su origen se implantó con gran fuerza en la memoria *popular* de las clases subalternas de México, siendo al principio rechazado e ignorado, o hasta defenestrado por esa memoria hegemónica dominante, comenzó en cambio, hace sólo unos pocos años y sobre todo a partir de su trigésimo aniversario, a tratar de ser cooptado e incorporado, banalizando y deformándolo, dentro de esa memoria hegemónica dominante.

Y así, tratando de reducir este movimiento y esta verdadera tragedia popular de 1968 a la condición de un simple “capítulo” más de una supuestamente “larga lucha” por la democracia, lo que este intento de cooptación y banalización olvida es el carácter *fundante y generador* de ese movimiento, que en México igual que en todo el mundo, fue en verdad una profunda y radical *revolución cultural* de grandes dimensiones, y en consecuencia, la creación de un *nuevo escenario*, radicalmente distinto al anterior, en lo que se refiere a la cultura política vigente, a la cultura de todos los grupos y partidos de la izquierda, a múltiples prácticas de la vida cotidiana en el ámbito de la familia, de la escuela y de la sociedad, al carácter, demandas y rol de los viejos y también de los múltiples nuevos movimientos sociales, y hasta de la etapa general misma que, a partir de esa fecha, vive el capitalismo, tanto en México y en América Latina como en todo el planeta.

Y ello *no* por la irrupción de una fantasmal y en verdad para nada nueva “globalización” –proceso que se inicia hace quinientos años, con el propio surgimiento del capitalismo--, sino más bien porque 1968 representa, a nivel mundial y por lo tanto también en México, el *inicio de la crisis terminal y definitiva del sistema capitalista mundial* en cuanto tal¹⁸. Y con ello, toda una profunda estela de cambios sociales, políticos, económicos y culturales de gran envergadura, que nosotros hemos presenciado y vivido en México muy claramente, igual que se han vivido en toda América Latina y en el mundo entero.

¹⁷ Sobre este punto cfr. el libro antes mencionado de Adolfo Gilly *La revolución interrumpida*. Véase también nuestro artículo, Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Mercado interno, guerra y revolución en México: 1870 - 1920” en *Revista Mexicana de Sociología*, año 52, num. 2, México 1990.

¹⁸ Para una crítica de esta *ideología* hoy muy en boga de la “globalización” cfr. Immanuel Wallerstein “¿La globalización o la era de transición?: una visión de la trayectoria del sistema-mundo” en *Revista de la Universidad de San Carlos de Guatemala*, año 1, num. 8, Guatemala, 2000, y de Carlos Antonio Aguirre Rojas, tanto el ensayo “Para una crítica de los conceptos de globalización y mundialización”, en el libro *América Latina, Historia y Presente*, Ed. Universidad Michoacana, Morelia, 2002, como el libro *Immanuel Wallerstein. Crítica del sistema-mundo capitalista*, Ed. Era, México, 2003. Para la caracterización de esta *crisis terminal del capitalismo* cfr. Immanuel Wallerstein “La imagen global y las posibilidades alternativas de la evolución del sistema-mundo 1945-2025”, en *Revista Mexicana de Sociología*, año 61, num. 2, México, 1999, y *Después del Liberalismo*, Ed. Siglo XXI, México, 1996. Véase también el libro coordinado por el mismo Immanuel Wallerstein y T. K. Hopkins, *The Age of Transition. Trajectory of the World-System 1945-2025*, Ed. Zed Books, Nueva York, 1996.

Y lo mismo que en la economía, en la sociedad, en la política y en la cultura globales de nuestro país y del mundo, también en la historia, en la historiografía y en la memoria, los impactos de esta ruptura simbolizada en el doble quiebre de la revolución cultural de 1968, y también de la crisis económica internacional de 1972-1973, han sido impactos de un alcance muy profundo, desplegándose de maneras diversas a lo largo de los últimos seis o siete lustros recién vividos. Efectos importantes sobre las memorias existentes en México, tanto la hegemónica como las memorias populares y subalternas, y sobre la historia y la historiografía mexicanas, que vale la pena considerar con más detalle ahora.

LA VERSION LIBERAL DE LA MEMORIA MEXICANA Y LOS EFECTOS DE LA REVOLUCION DE 1968.

“Lo que 1968 representó fue el comienzo de la inversión de la hegemonía cultural que las capas dominantes del mundo habían ido creando y fortaleciendo con gran asiduidad desde 1848.”

Immanuel Wallerstein, “El colapso del liberalismo”, 1992.

Si analizamos entonces desde una perspectiva temporal amplia el proceso de construcción y de afirmación de la memoria hegemónica en la historia de México a lo largo del siglo XX histórico mexicano –ese siglo que se abre en la historia de nuestro país con la fecha de 1910, con el estallido de la Revolución Mexicana, para cerrarse el 1 de enero de 1994, con el estallido de la sublevación neozapatista--, podemos observar claramente, tanto el sentido global que anima a dicha construcción memorística, como también los efectos fundamentales que en este sentido ha tenido esta revolución cultural de 1968.

Proceso de construcción de la memoria y efectos de la ruptura de 1968, que por lo demás, repiten para el caso de México, el despliegue de las tendencias *más generales* que, a nivel de la cultura, la ideología, la historia y la memoria, se hacen presentes, con sus respectivos matices y especificidades, a todo lo largo y ancho del planeta. Porque si durante el periodo que en el mundo abarca desde el fin de la primera guerra mundial hasta 1968, lo que se afirma es una clara hegemonía de la “ideología liberal”, que logra en parte marginar y en parte hasta refuncionalizar ciertos elementos y propuestas de la ideología conservadora por un lado y de la ideología socialista por el otro¹⁹, en México ese mismo periodo va a ser también el de la hegemonía de dicha ideología liberal, a la vez que de la marginación o a veces deformación y hasta recuperación atenuada, tanto de ciertas visiones intelectuales conservadoras como de ciertas perspectivas críticas y socialistas.

Lo que para el caso de la memoria que aquí nos ocupa resulta evidente. A lo largo del siglo XX y hasta antes de 1968, los gobiernos del grupo Sonora y

¹⁹ Sobre este proceso complejo cfr. Immanuel Wallerstein, *Después del liberalismo*, antes citado.

luego los gobiernos priístas fueron logrando imponer esa memoria hegemónica cuyas estructuras ya hemos referido, y que partiendo de su base más general del mito de la independencia, se completaba y profundizaba con el mito cada vez más sólido y cada vez más articulado de la Revolución Mexicana, integrando en torno de ellos a la revolución de la época de la Reforma, a la supuestamente universal y omnipresente disputa decimonónica entre liberales y conservadores, y más adelante, a ciertos personajes o grupos o procesos “emanados de esa misma Revolución Mexicana” y siempre destinados a concretar, desplegar, profundizar, cumplir o actualizar su importante y trascendental “legado modernizador”.

Entonces, cuando revisamos el sentido global de esta memoria hegemónica durante el medio siglo que corre desde 1921 hasta 1968, es claro que se trata de una memoria alimentada por esa versión *liberal* de la historia de México, que critica *moderadamente* a la Iglesia y al clero, a los grupos terratenientes más conservadores, a los prointervencionistas que han apoyado reiteradamente las invasiones extranjeras, y más en general a todos los representantes de la derecha mexicana, a partir de exaltar y reivindicar al nacionalismo, a los liberales, a los poderes laicos, y a esos grupos dominantes, precisamente liberales, que salvo ciertos claros paréntesis temporales, gobernaron en su mayoría en México, a todo lo largo de los últimos dos siglos transcurridos.

Pero también, y complementariamente, esa memoria hegemónica claramente liberal va a desmarcarse de las clases populares y de su real protagonismo histórico, señalando por ejemplo, según ella, el carácter “utópico” e irreal de los grupos socialistas obreros de la segunda mitad del siglo XIX, o la dimensión “demasiado radical” de las posturas anarquistas y socialistas de Ricardo Flores Magón, pero también la “demasiado violenta” personalidad de Francisco Villa y sus “excesos diversos” de ella derivados, o la “intransigencia poco política” e igualmente “extrema” de Emiliano Zapata.

Memoria dominante de clara tendencia liberal que, en virtud de esta posición “centrista” entre la derecha reaccionaria y el conservadurismo nefasto de un lado, y del otro las múltiples versiones del radicalismo campesino popular, de los embriones socialistas o anarquistas, o de las posiciones de izquierda en general, va en consecuencia a condenar a personajes como Agustín de Iturbide, Antonio López de Santa Anna, Porfirio Díaz o Victoriano Huerta, pero también a banalizar, deformar o atenuar ciertas aristas o dimensiones claramente progresistas y radicales de personajes como Hidalgo, Morelos, Juárez, los hermanos Flores Magón, Pancho Villa o Emiliano Zapata, e incluso como hemos visto, hasta de por ejemplo Lázaro Cárdenas. Y todo ello para apuntalar más adecuadamente su versión tersamente liberal de la Independencia, de la Reforma, de la Revolución Mexicana y de todo nuestro siglo XIX y XX históricos.

Pero si esta versión hegemónica liberal de la memoria dominante se mantuvo y se reprodujo sólidamente hasta 1968, obligando a la versión conservadora a manifestarse sólo de manera puntual y vergonzante, y marginando a la versión radical y de izquierda a una presencia sólo subterránea o reducida a muy pequeños círculos, esta situación comenzó a modificarse, lenta pero

progresivamente y sin vuelta atrás, a partir de esta profunda revolución cultural de 1968²⁰.

Ya que como lo ha explicado Immanuel Wallerstein, la coyuntura histórica de 1968-1989 –que en México se despliega entre 1968 y 1994--, ha sido aquella de la crisis global y del inicio del colapso del liberalismo como geocultura dominante del sistema-mundo capitalista actual. Y por lo tanto de la creación de una situación en la que la clara hegemonía de la ideología liberal comienza a ceder cada vez más el paso, lenta pero firmemente, a una nueva situación de abierto y declarado *combate ideológico*, en el que tanto la ideología conservadora como la ideología socialista abandonan esa antigua condición suya de subordinación y de marginalidad, que mantuvieron durante casi un siglo entero frente al liberalismo, para instaurar ahora una batalla frontal, cada vez más equilibrada y cada vez más polarizada, entre las tres ideologías ahora concurrentes.

Y así, al mismo ritmo en que en el escenario político mundial, y también latinoamericano y mexicano, vemos emerger a una derecha belicosa y desvergonzada, que ya no tiene ninguna restricción para defender y reivindicar abiertamente sus posiciones reaccionarias, clericales, entreguistas y conservadoras, junto a una nueva izquierda más creativa, cosmopolita, plural, tolerante y horizontal, que realiza su aprendizaje y sus primeras experiencias y batallas políticas, ensayando inéditas estrategias y tácticas de lucha, y novedosas formas de organización, de discurso y de relación con los también nuevos movimientos sociales y con la sociedad civil en general, a ese mismo ritmo vemos también perfilarse igualmente, de un lado una nueva versión de la historia y de la memoria también desvergonzadamente conservadora y de derecha, frente a una incipiente pero cada vez más clara versión crítica, radical y de izquierda de estas mismas historias y memorias.

Y todo ello, en el marco del declive evidente y progresivo de la posición “centrista” liberal, y con ella de esa versión todavía hegemónica pero cada vez más cuestionada y vacilante, de la memoria y la historia interpretadas en clave liberal.

Entonces, son todos estos procesos globales que el mundo ha vivido después de 1968, los que explican los cambios que en México, igual que en América Latina y en todo el planeta, han vivido las historiografías y los modos de investigar, explicar, enseñar y reconstruir la historia de todas las naciones del mundo, y también las latinoamericanas,²¹ y con ello, también las formas que

²⁰ Sobre esta revolución cultural de 1968 cfr. Fernand Braudel, “Renacimiento, Reforma, 1968: revoluciones culturales de larga duración” en *La Jornada Semanal*, num. 226, México, octubre de 1993, Immanuel Wallerstein, “1968: tesis e interrogantes”, en *Estudios Sociológicos*, num. 20, México, 1989 y Carlos Antonio Aguirre Rojas “1968: la gran ruptura”, en *La Jornada Semanal*, num. 225, octubre de 1993, y “Repensando los movimientos de 1968” en el libro *1968: Raíces y Razones*, Ed. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Cd. Juárez, 1999.

²¹ Sobre estas nuevas formas de investigar, enseñar y explicar la historia véase de Francois Dosse, “Mayo del 68: los efectos de la Historia sobre la historia” en revista *Sociológica*, año 13, num. 38, México, 1998, y también Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Los efectos de 1968 sobre la historiografía occidental” en el libro *Itinerarios de la historiografía del siglo XX*, Ed. Centro Juan Marinelo, La Habana, 1999, *La escuela de los Annales. Ayer, hoy, mañana*, Ed. Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, Villahermosa, 2002, y también *América Latina: Historia y Presente*, antes ya citado.

adopta la memoria, tanto hegemónica como popular. Formas que en el caso mexicano se han convertido, después de la pírrica derrota del PRI en el año 2000, en el terreno privilegiado de una abierta y enconada disputa ideológica, que el actual gobierno de Vicente Fox pretende encaminar en el sentido de la deslegitimación total de esa versión liberal de la memoria oficial que fue dominante a todo lo largo del siglo XX cronológico, y a la que ahora se pretende sustituir con aquella vieja versión clerical y conservadora de la derecha belicosa, hoy en el poder en nuestro país, versión a la que ahora se intenta vestir con los nuevos ropajes de una historia pretendidamente “más objetiva”, “menos partidista”, y más “moderna”, y en consecuencia de una historia más acorde con los tiempos y con las circunstancias que ahora vivimos.

Detengámonos entonces en este contexto más actual que ahora se vive en México, y también en esta nueva disputa por la historia y por la memoria que, muy posiblemente, habrá de continuar desarrollándose en nuestro país, todavía durante los próximos tres años por venir.

MEXICO DESPUÉS DEL AÑO 2000: FICCIONES DE CAMBIO Y RETROCESOS

“Que la soberanía dimana inmediatamente del pueblo (...) (y) que la patria no será del todo libre y nuestra, mientras no se reforme al gobierno, abatiendo el tiránico...”.

José María Morelos y Pavón, “Los Sentimientos de la Nación”, 1813.

A poco más de tres años del comienzo del gobierno supuestamente panista de Vicente Fox, resulta ahora bastante evidente el carácter puramente retórico que ha tenido el tan ruidosamente propagado “cambio” que prometió durante su campaña política. Porque a diferencia de lo que postularon los advenedizos defensores de última hora del llamado “voto útil”, y también de los que pretendieron y siguen pretendiendo que el 2 de julio del año 2000 marca un “cambio profundo” en la historia reciente de México, la realidad que hemos vivido en este último trienio se revela más bien como caracterizada por una clara y fuerte *continuidad* en cuanto a las políticas económicas y también sociales que hemos estado padeciendo la inmensa mayoría de los mexicanos, lo mismo que respecto de los viejos juegos del poder, todavía vigentes y todavía esenciales dentro de la esfera de las relaciones y de las prácticas políticas desarrolladas por ese supuestamente nuevo gobierno. Y al mismo tiempo, por un *cambio real* que solamente se hace presente, tanto en el ámbito de la política de relaciones exteriores desplegada por el actual gobierno, como también dentro del espacio de las diversas dimensiones de la cultura, niveles en los que *sí* vivimos una clara transformación, orientada a desplegar enérgicamente, primero un genuino *viraje regresivo* respecto de nuestro papel tradicional dentro de las relaciones internacionales, y en segundo lugar, una auténtica *contraofensiva cultural de signo conservador* y claramente retardatario en general.

Si miramos así al ámbito económico, veremos que las *mismas* políticas neoliberales, privatizadoras y de apoyo y protección a los grupos más ricos del país —por ejemplo, a los banqueros—, se siguen aplicando exactamente de la misma manera en que se ha hecho durante los gobiernos de Miguel de la Madrid, Carlos Salinas y Ernesto Zedillo. Con lo cual, el gobierno de Vicente Fox no es más que el cuarto de esta serie de gobiernos neoliberales, que ayer privatizaron los teléfonos y los bancos, y hoy intentan entregar y malbaratar a los capitales privados la industria eléctrica y petrolera, al mismo tiempo que continúan protegiendo y solapando a decenas de empresarios y banqueros que nos han cargado a nosotros y que nos harán pagar *sus deudas* a varias generaciones de mexicanos, mediante el IPAB actual, lo mismo que con el FOBAPROA de ayer.

Y todo ello, en un marco en el que, hoy como hace veinte años, el salario real continúa deprimiéndose, la inflación se mantiene agrediendo sobre todo a la economía popular, el peso se continúa devaluando sin cesar, y nuestra dependencia económica se refuerza y acrecienta como siempre de manera estructural.

E igual sucede en el ámbito de las políticas sociales, las que como hace varios lustros siguen agudizando la creciente polarización social de nuestro país, haciendo que existan cada vez pobres más pobres y ricos más escandalosamente ricos, mientras la inseguridad general en las calles y en las ciudades se incrementa, y mientras se deterioran cada vez más los servicios de salud y de educación que el Estado provee de manera cada vez más insuficiente y cada vez más deficiente. Frente a lo cual, el Estado mexicano actual, lo mismo que el de los últimos gobiernos priístas, no encuentra ninguna mejor alternativa que la de contraponer el desarrollo de un “asistencialismo social” —ayer llamado “Solidaridad” y hoy bautizado “Oportunidades”— siempre paternalista, clientelar y prepotente, pero también siempre limitado, mal concebido e incapaz de resolver cualquier problemática social real.

Lo mismo acontece en el plano más estrictamente político, en donde en lugar de un gobierno de políticos priístas, corporativistas, verticalistas, facciosos y acriticamente alineados al desmesurado poder presidencialista, ahora tenemos un gobierno de empresarios inexpertos y torpes para esa actividad política, pero igualmente jerárquicos, corporativistas, acrílicos y profundamente confundidos y desorientados por un presidente igualmente inexperto e incapaz de definir con claridad una estrategia política de mediano o incluso de corto plazo. Y todo ello, dentro de un marco general en el cual la *inmensa mayoría* de los políticos que participan en este juego del poder, tanto de izquierda como de centro y de derecha, parecen estar mucho más preocupados por su continuo posicionamiento y reposicionamiento en las preferencias electorales de la siguiente elección en turno, que por los intereses y las demandas reales de las clases sociales, los grupos y los movimientos sociales que los llevaron precisamente hasta esas posiciones de poder que hoy ellos detentan y disfrutan.

Y si en estos planos de la economía, de la sociedad y de la política la *continuidad* del gobierno foxista respecto de sus antecesores priístas parece ser más que clara, y sólo matizada por pequeños énfasis o acentos mínimos diferentes, en los planos de la política exterior de una parte, y también de la cultura por la otra, si parece en cambio estarse viviendo el intento de una clara

transformación y reorientación *importantes* de las políticas gubernamentales, encaminadas ahora muy claramente a socavar la tradición de autonomía y defensa de la autodeterminación que, a partir de la Doctrina Estrada, caracterizó a México durante décadas, al mismo tiempo que se trata abiertamente de atacar y deslegitimar en el ámbito cultural a esa herencia *liberal* que fue dominante en México durante los últimos setenta años, por lo menos.

Así, hoy es claro que México ha renunciado, durante los últimos tres años, a toda pretensión del más mínimo ejercicio de una real soberanía e independencia en la arena internacional, echando por la borda la política exterior realmente autónoma que practicó durante lustros, y que lo llevó lo mismo a mantener una actitud constante de asilo a distintos perseguidos políticos, que a la defensa de Cuba en la OEA, pero también al rol activo de mediación en los conflictos políticos centroamericanos que a la recepción de los emigrados españoles, o argentinos, o chilenos, o etc., en los diferentes momentos de la historia reciente.

Actitudes claramente defendibles de nuestra antigua política de relaciones exteriores, que fueron totalmente eliminadas a partir del claro *viraje regresivo* que se instauró desde diciembre del año 2000, y que llevó en cambio tanto a las vergonzosas presiones ejercidas en contra de Fidel Castro y de Cuba en general, como al alineamiento sistemático a las posiciones y a los intereses de Estados Unidos, defendido explícitamente, y reiterado prácticamente en múltiples ocasiones después de los trágicos sucesos del 11 de septiembre del año de 2001²²

Igualmente, y en el plano de la cultura, asistimos en este trienio recién transcurrido, al despliegue evidente de una abierta *contraofensiva cultural conservadora*, que no sólo quiere deslegitimar y enterrar a la versión priista liberal hasta hace muy poco dominante, sino también abrir el espacio para la reivindicación retadora de la vieja visión clerical y de derecha de la cultura, de la historia y de la memoria mexicanas. Y más allá del éxito que, en los años por venir, pueda tener este proyecto de dicha *contraofensiva cultural regresiva*, es claro que la misma está siendo promovida hoy desde el propio Estado, promoción que subyace lo mismo al nombramiento de personas de muy bajo perfil en los puestos estratégicos de la política cultural del Estado, que a los recortes y a la creciente desatención en el rubro de los recursos destinados a la investigación, la ciencia y la tecnología, e igualmente a la condena de las lecturas de ciertos textos de Gabriel García Márquez y de Carlos Fuentes, que al hostigamiento tributario de los cineastas, de los escritores y autores, o a las escandalosas y falsas declaraciones de un secretario de Estado que afirma que las principales lecturas del pueblo mexicano son las de la literatura pornográfica y semipornográfica. Pero

²² Para una evaluación *crítica* de los significados de este acontecimiento del 11 de septiembre, así como de sus consecuencias principales para México, para América Latina y para todo el mundo véanse nuestros ensayos, Carlos Antonio Aguirre Rojas, “11 de septiembre de 2001: una puesta en perspectiva histórica” en el Diario Alternativo *La Insignia*, del 20 de noviembre de 2001, en el sitio: <http://www.lainsignia.org>, en la Sección ‘Diálogos’, “El macartismo planetario” en el Diario Alternativo *La Insignia*, del 10 de julio de 2002, en el sitio: <http://www.lainsignia.org>, en la Sección ‘Especial: EEUU en guerra’ y también “Las lecciones de la invasión de Estados Unidos a Irak” en el mismo Diario Alternativo *La Insignia*, de julio de 2003, en el mismo sitio: <http://www.lainsignia.org>, y también en la Sección ‘Especial: EEUU en guerra’.

también, a los sesgados criterios para la elección de los libros de las llamadas “Bibliotecas de Aulas” promovidas por la Secretaría de Educación Pública, al cada vez mayor protagonismo que en la educación, en la vida social y en la vida política se le está otorgando a la Iglesia católica –besando el anillo del Papa, explotando la canonización de Juan Diego, o introduciendo constantes alusiones religiosas laudatorias en el discurso político oficial--, lo mismo que a la difusión y hasta reivindicación y recuperación desde el gobierno de los puntos de vista conservadores y de derecha que se manifiestan en el ya referido endurecimiento de posiciones y en las agresiones directas hacia Cuba, en un servilismo acrítico frente a los Estados Unidos –acendrado terriblemente después del 11 de septiembre de 2001--, y en la ostentación y hasta orgullo de un discurso impregnado totalmente de los valores y símbolos de la cultura empresarial, eficientista y tecnocrática.

Dentro de este escenario, de ese intento de promover desde el poder político una clara *regresión cultural*, es que se insertan las nuevas disputas por la historia y por la memoria histórica mexicanas, que hemos estado presenciando en los últimos tres años, y que se han manifestado en toda una multitud de pequeños pero significativos síntomas, cuya tendencia y sentido generales son claros, más allá de su diversidad y de su diferente ubicación.

Porque es una misma y única lógica la que lleva a Fox a visitar la Basílica de Guadalupe inmediatamente *antes* de su toma de posesión como Presidente –provocando el grito repetido de “Juárez, Juárez” durante su primer discurso como Presidente--, y a una autoridad panista de la Ciudad de Veracruz a proponer la erección de un monumento a Porfirio Díaz en ese mismo Puerto, que la que ha llevado al Secretario de Trabajo a condenar recientemente el legado juarista, o a ciertos funcionarios e historiadores queretanos a tratar de “blanquear” la imagen del traidor Mejía²³. Pero también es esa la lógica que articula el debate propuesto en una revista periodística de *revisar a fondo* la historia de México para “desacralizar” a nuestros héroes y para “desatanizar” a nuestros villanos, o el intento oprobioso de Vicente Fox de apropiarse del movimiento de 1968 en México, en calidad de simple y banalizado antecedente precursor de su propio triunfo en el año 2000²⁴.

Hay entonces en marcha un dispositivo encaminado a criticar frontalmente la versión hasta hoy predominante de la historia de México y de la memoria histórica hasta hoy hegemónica. Y dado que dichas versiones se critican y

²³ Todas estas manifestaciones que hemos señalado han sido abundantemente documentadas por la Prensa, y de una manera crítica, en especial por el diario *La Jornada*. Para referir solamente *un* ejemplo, cfr. sobre este intento de blanquear a Mejía, el artículo de Rosa Elvira Vargas y Mariana Chávez, “*Blanquean* la historia del traidor Mejía”, que hemos citado ya anteriormente.

²⁴ El debate mencionado se planteó en la revista *Nexos*, num. 285, de septiembre de 2001. Más allá de la heterogeneidad de posiciones de algunos de los historiadores o autores que escriben en este número, el mensaje *central* del mismo es claro y explícito: hay que superar y desmontar críticamente la visión de la historia y de la memoria que dominó a lo largo del periodo caracterizado por el predominio de los gobiernos priístas. Pero como hemos visto, esa visión es la visión *liberal* de nuestra memoria histórica y de nuestra historia. Entonces, al derrumbar esta visión, la pregunta que se plantea necesariamente es ¿para sustituirla con cuál otra?. Y la respuesta que parece derivarse, en nuestra opinión, de la abrumadora mayoría del conjunto de ensayos de esta revista, es la de sustituir esa versión *liberal* de la historia y de la memoria en México por la visión *conservadora*, para estar a tono con los tiempos que ahora vivimos en nuestro país.

descalifican por haber sido las versiones que *legitimaron* a los sucesivos gobiernos priístas, entonces la pregunta que se impone es ¿a qué gobierno deberán legitimar ahora esas nuevas versiones de la historia y de la memoria histórica?. Y dado que es el gobierno foxista mismo el que está promoviendo esta revisión profunda de la memoria y de la historiografía nacionales, resulta obvio que el objetivo de deslegitimar y eliminar a esa versión *liberal* de nuestra historia, es el de sustituirla por la visión *conservadora y de derecha* de estas mismas memoria e historia mexicanas.

Pues cuando se afirma que debemos “desacralizar” a nuestros héroes, bajándolos de su pedestal de bronce y viéndolos como seres humanos de carne y hueso, con sus limitaciones, defectos, incertidumbres y lados oscuros, el resultado de todo esto es el de *disminuir y relativizar* el papel histórico que han cumplido, precisamente, personajes como Hidalgo, Morelos, Juárez, Villa, Zapata o hasta Lázaro Cárdenas, al redimensionarlos bajo ese rasero que los desmitifica y los reconvierte de “símbolos” patrios en simples hombres reales y actuantes.

Al mismo tiempo y complementariamente, se nos invita a “desatanizar” a los villanos tradicionales, reconociendo también sus indudables aportes y contribuciones en la historia de México, y tratando de explicar, de una manera más “objetiva”, “neutral” y “desapasionada” las razones de sus acciones, de sus políticas, de sus decisiones y de sus tomas de posición principales. Lo que entonces, obviamente, nos devuelve ahora una imagen en la que Agustín de Iturbide, Antonio López de Santa Anna, Porfirio Díaz, el clero mexicano, los Estados Unidos de Norteamérica y hasta Carlos Salinas de Gortari se vuelven personajes o actores *amables* y hasta *interesantes*, que a pesar de todo contribuyeron a edificar nuestro México moderno y actual, y que, si bien pueden ser criticados en tal o cual detalle o aspecto, *no merecen* ser radicalmente condenados o marginados en nuestros análisis históricos y en nuestras construcciones de dicha memoria colectiva nacional.

¿Debemos entonces aceptar, pasivamente y sin protestar, esta operación historiográfica y esta sesgada reestructuración de nuestra memoria colectiva oficial, que hoy se halla en curso en México?. ¿Deberíamos tratar de enterrar, junto con el PRI y el priísmo –una empresa sin duda necesaria y más que legítima, pero desafortunadamente mucho más difícil y tal vez prolongada de lo que parece a primera vista--, absolutamente a *todos* los elementos de la versión liberal de la memoria y de la historia que ese priísmo construyó y apuntaló durante décadas?. ¿Y estamos acaso condenados a aceptar que, en el lugar de esa versión liberal, se instale ahora una reciclada versión conservadora y pro-clerical de nuestra identidad nacional, de nuestra historia y de nuestra memoria histórica?. Creemos sin duda que no.

Porque si bien es cierto que hoy hace falta reescribir la historia de México, superando a esa interpretación liberal hasta ahora dominante, y si urge también volver a construir una nueva memoria histórica, diversa de la que hasta nuestros días continúa siendo todavía hegemónica, esto debería de hacerse, en nuestra opinión, no para cederle el espacio a la versión conservadora y a la interpretación de derecha de estos mismos terrenos históricos, historiográficos y de la memoria, sino más bien para elaborar, de modo riguroso y creativo, una *nueva explicación*, crítica, progresista, radical y de izquierda de nuestra historia y de nuestra

memoria, conectada con las mejores tradiciones de las diversas culturas de las clases subalternas, y apoyada en las múltiples memorias populares alternativas y en las distintas contramemorias de esas mismas clases explotadas, dominadas y discriminadas socialmente a lo largo de las décadas y los siglos de nuestra historia²⁵.

SOBRE LAS CONTRAMEMORIAS POPULARES Y LAS POSIBILIDADES DE UNA HISTORIA CRITICA DE MEXICO.

“La contrahistoria (...) será el discurso de los que no poseen la gloria o –habiéndola perdido— se encuentran ahora en la oscuridad y en el silencio”.

Michel Foucault, *Genealogía del racismo*, 1976.

¿Qué es lo que determina la fuerza, la vigencia, la proyección social y el arraigo y persistencia a través del tiempo de un recuerdo?. En primer lugar, la *profundidad* de su impacto inmediato y el grado real en el que, a partir de su irrupción, haya sido capaz de penetrar, con mayor o menor profundidad, dentro de la conciencia colectiva de las clases, los grupos, los individuos o los sectores diversos de una cierta sociedad. Pero también, y en segundo lugar, la permanencia o reactualización de una cierta situación material real, que al continuar funcionando por décadas o siglos, podrá también seguir alimentando la proyección, la vigencia y la fuerza de ese recuerdo o elemento de la memoria con el que en cierto sentido se combina y corresponde de manera adecuada.

Así, reafirmando una vez más un punto de vista *materialista* para el análisis de esta memoria histórica mexicana, quizá debemos preguntarnos sobre esas realidades sociales materiales que, al mantenerse y reproducirse reiterada y tenazmente, permiten también explicar por qué sólo ciertos personajes se convierten en héroes y otros no, e incluso por qué ciertos héroes son mucho más populares, conocidos y celebrados que otros, y también por qué ciertas fechas son más recordadas y celebradas que otras, pero igualmente por qué ciertos lugares son visitados y se transforman en los lugares del culto y de los rituales de refrendo de la memoria, y por qué ciertos referentes, textos, tradiciones o reminiscencias son las que más reaparecen dentro del imaginario colectivo de una sociedad que recuerda y conmemora, desde su presente, sus múltiples y diversos pasados.

Lo que además, nos conduce al descubrimiento de muchos de los “olvidos” estratégicos de esas memorias, pero también al conflicto permanente y al mismo

²⁵ Sobre las perspectivas teóricas y metodológicas en las que debería apoyarse esta versión de una nueva historia crítica, así como de las diferentes formas de historia que debería evitar y criticar radicalmente, cfr. nuestro libro, Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Antimanual del mal historiador. O cómo hacer hoy una buena historia crítica*, Ed. La Vasija, México, (segunda edición mexicana) 2003.

tiempo a la circularidad constante entre la memoria hegemónica dominante y las varias memorias populares dominadas y alternativas.

Entonces, si tratamos de ver de una manera *crítica* la actual disputa que en México se escenifica por la memoria y por la historia, y desde allí intentamos postular una visión también crítica, progresista y de izquierda de esa misma memoria e historia mexicanas, tendremos que partir del hecho de que la vigencia del mito de la independencia mexicana se explica, precisamente y a lo largo de ya dos siglos, por el hecho de que dicha independencia sigue siendo todavía un *anhelo popular sólo parcialmente* cumplido en el nivel de lo político, y aún pendiente de realizar en los niveles económico, social y cultural.

Por eso, una historia *crítica* de México tendría siempre que partir del hecho estructural, fundante de nuestra civilización, y presente a lo largo de medio milenio como realidad de larga duración, de nuestra dependencia económica consustancial, y junto a ella, de una más cambiante y matizada pero igualmente presente en grados diversos, dependencia social, política y cultural. Porque si ese mito de independencia es todavía hoy capaz de despertar las emociones y de movilizar las energías de amplios grupos y sectores de las masas populares en México, ello es debido a que con la parcial independencia política conquistada después de 1810 - 1821 se esboza, aunque sea de manera deformada y limitada pero igualmente real y viva, la *promesa* de lo que podría ser una sociedad verdaderamente autónoma, libre, soberana y autogestiva en lo económico, lo social, lo político y lo cultural. Una sociedad que, como es evidente, sólo es posible *fuera* del marco del actual sistema capitalista mundial, y sobre la base de su superación práctica real.

Una sociedad que en vez de mirarse a sí misma *en función* de los centros imperiales de los que siempre ha ido dependiendo sucesivamente (España, Inglaterra, Francia, Alemania, y ahora Estados Unidos), se mirará a sí misma desde sí misma y desde América Latina, que es la civilización global a la que ella pertenece. Lo que entonces le permitiría reconocer sin problemas, tanto su bello y digno pasado indígena prehispánico, todavía felizmente vivo y actuante, como también su rico mestizaje cultural constitutivo y fruto de sus tres raíces originarias –la indígena, la negra y la europea-- como civilización latinoamericana específica.

Porque otra tarea todavía no cumplida de nuestra historia, de nuestra historiografía y de nuestra memoria es la de reivindicar y recuperar a esas poblaciones indígenas hoy mexicanas, devolviéndoles con justicia su real protagonismo histórico, y abriendo un diálogo cultural respetuoso que intente asimilar las principales lecciones derivadas de su cultura, de su concepción del mundo, de sus usos y costumbres y de su proyecto civilizatorio y de modernidad en general.

Con lo cual, podría también recuperarse ese rico y complejo proceso de mestizaje cultural que crea a la América “barroca” novohispana, la que por debajo y más allá del dominio español y de la explotación económica de Nueva España, nos daría también nuevas claves para descifrar muchos de los comportamientos populares del México profundo actual, comportamientos que nacidos de la *resistencia social y cultural* de los indígenas y de las poblaciones pobres novohispanas, siguen hasta hoy vivos en el lenguaje, en la vida cotidiana, en las relaciones políticas, en los códigos de múltiples conductas sociales y hasta en las

actitudes tecnológicas de las clases subalternas de nuestro país, entre otros varios renglones.

Y si la vigencia del mito de independencia se explica por la persistencia de nuestro carácter como economía *dependiente* en los últimos cinco siglos vividos, la fuerza y sobrevivencia del mito de la revolución mexicana se apoyará a su turno en la *promesa propuesta*, pero también sólo muy parcial, limitada y lentamente cumplida de nuestro verdadero acceso a una *auténtica modernización integral* económica, social, política y cultural. Porque si bien se han ido logrando, siempre por la presión desde abajo de las clases populares y en dosis casi de cuentagotas, ciertos lentos y acotados progresos en nuestra industrialización, en la urbanización, en el mejoramiento material de las clases sometidas, en los servicios de salud, en la educación y seguridad sociales brindados por el Estado, o en la democracia, la libertad de expresión, el respeto a los derechos humanos, la aceptación de la pluralidad cultural y el aumento de los niveles generales de la educación, entre otros, esos avances se han dado siempre en la tensión constante y en el abierto contraste con sus verdaderas antípodas.

Es decir, acompañados de claros procesos de una polarización social continua y creciente, del crecimiento de “cinturones de miseria” en torno a nuestras grandes ciudades, en los altibajos constantes de los niveles del salario real de las clases trabajadoras, en la deficiente cobertura y calidad de esos servicios de salud, seguridad y de educación públicas, o de una persistente corrupción política, una represión selectiva de las oposiciones y de los opositores, un atropello también constante de los derechos humanos y un racismo persistente, junto a un deterioro cualitativo fuerte de esa misma educación cada vez más extendida. Tensión permanente entre progresos relativos y parciales, y retrocesos, o pérdidas, o degeneraciones reiteradas de esas conquistas logradas, que, en consecuencia, han continuado manteniendo todavía vivo ese segundo gran anhelo popular de potenciar y completar dichas conquistas, alcanzando respecto de ellas –lo que, en los marcos capitalistas actuales es totalmente imposible y utópico--, por lo menos los mismos niveles que ellas poseen en las sociedades centrales y más desarrolladas del planeta, y si es posible aún más.

Con lo cual esa historia y esa memoria críticas y progresistas que proponemos en lugar de las antiguas versiones liberales, deberían también de asumir y procesar intelectualmente esta condición, también estructural e insuperable sin eliminar antes al capitalismo, de nuestra modernidad necesariamente deforme, inconclusa y fallida, que no sólo fracasa porque se mide siempre desde y en función de los parámetros de las modernidades primero europeas y después norteamericana, sino también porque ignora la diferencia profunda y radical de nuestra civilización latinoamericana, y por ende de una posible modernidad igualmente latinoamericana, frente a esos modelos norteamericanos y europeos.

Entonces, la tarea de esta memoria e historia críticas tendría que ser la de investigar y recuperar orgánicamente a las muchas *modernidades alternativas* que han habitado y aún habitan dentro de la historia de América Latina, y que abarcan lo mismo a la modernidad alternativa de nuestras comunidades indígenas, como a las modernidades campesinas, obreras, mestizas, negras y populares que siempre han existido y sobrevivido de manera marginal y subterránea pero persistente y

activa, dentro de nuestros itinerarios históricos de las varias naciones del semicontinente latinoamericano.

Al mismo tiempo, otro de los campos de esta nueva historia crítica, lo mismo que de la nueva memoria que de ella tendría que derivar, sería el del estudio del central y *nunca* resuelto problema de la propiedad de la tierra para las masas campesinas pobres de nuestro país. Pues si la historia de México de los últimos dos siglos, y aún más atrás, está llena de recurrentes rebeliones campesinas y de conflictos agrarios igualmente reiterados, eso se debe al hecho de que la gran propiedad terrateniente *no fue nunca abolida*, y a que la revolución campesina de 1910-1921 fue *derrotada* y no triunfante, devolviéndose las haciendas expropiadas ya después de 1917, y sometiendo de nuevo a los campesinos sin tierra o con tierras inútiles para el cultivo, a las nuevas formas de explotación económica y de avasallamiento social y político.

Y dado que México ha sido, hasta aproximadamente 1970, un país *predominantemente agrario*, entonces nuestra historia y memoria deberían de ser igualmente una memoria e historia en donde las clases campesinas y sus movimientos, luchas, manifestaciones y conciencia ocuparan un lugar *central y de primerísimo rango*, lo que a todas luces no ha sido ni es aún el caso. Como no es tampoco el caso de que, complementariamente, se diese también un protagonismo mayor a la clase obrera mexicana, reconstruyendo dentro de nuestra historia y memoria, desde los embriones de socialismo y anarquismo reivindicados marginalmente por esa clase obrera en la segunda mitad del siglo XIX, hasta el impetuoso crecimiento de ese mismo actor obrero desde 1945 y hasta la fecha, actor que a la vez que se diversifica y multiplica en distintas ramas, sectores y espacios sociales, termina por sustituir, en los últimos treinta años, a la clase campesina en ese rol de centralidad dentro de todo el tejido social mexicano.

Protagonismos hasta ahora ausentes de los grupos indígenas, de los mestizos pobres, de los campesinos y de la clase obrera mexicanos, a los que hace falta agregar también el papel *esencial* de las *regiones* y de las manifestaciones regionales dentro de esa nueva versión de la historia de México. Y ello, no en el limitado e intrascendente proyecto de reivindicar, al margen de la historia general, una microhistoria de monografías locales, puntuales, o regionales de pequeños y poco significativos pueblos, ciudades, áreas o regiones, casual y arbitrariamente escogidos –por ejemplo, solamente por ser el lugar de nacimiento del propio historiador que los analiza–, sino más bien en el sentido de una reconstrucción crítica e inventiva que sea capaz de entrelazar esa historia general con las muchas historias regionales, reconociendo los “tres” Méxicos que, en la larga duración, forman el México actual, es decir las tres enormes *macroregiones* del “país del norte”, el “país del centro” y el “país del sur” que dialogan, se oponen, se articulan y desfazan para construir las distintas dinámicas de la historia larga y profunda de México²⁶.

²⁶ Sobre estos “tres” Méxicos cfr. el brillante ensayo de Friederich Katz, *La servidumbre agraria en México en la época porfiriana*, Ed. Era, México, 1980. También Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Mercado interno guerra y revolución en México: 1870-1920” antes citado y “A modo de introducción. Chiapas en perspectiva histórica” en el libro colectivo *Chiapas en perspectiva histórica*, igualmente antes mencionado.

Una nueva historia crítica que partiendo de esta consideración de esas tres grandes macroregiones, avanzará después también y sucesivamente en la explicación de las diversas regiones geohistóricas que, como verdaderas “individualidades históricas en movimiento” componen y configuran a esas tres macroregiones, siendo a la vez el entorno inmediato y el marco de mediación explicativo de las distintas microregiones, ciudades, localidades y espacios menores cuyo protagonismo real y cuya relevancia específica dentro de esa historia general habría también que establecer, definir y rescatar para dicha memoria e historia críticas y renovadas.

Historia y memoria diferentes y alternativas que, junto a esos protagonismos estratégicamente “olvidados” –los indígenas, los campesinos, los obreros— y a estas dimensiones nunca abordadas o asimiladas de manera central –nuestra condición dependiente, nuestra modernidad inconclusa o nuestra esencial diversidad regional--, debería también incorporar y rescatar *otros protagonismos*, como el del papel de las mujeres en la historia de México, o el rol de las poblaciones negras en nuestro país, o la función de distintos grupos sociales minoritarios hasta hoy ignorados o marginados, pero también el estudio e igualmente la recuperación sistemática de *otras dimensiones* similarmente ignoradas, como la del papel de la base geohistórica en los procesos específicos de la historia mexicana, junto a la investigación de las dimensiones más fundantes de nuestra civilización y de nuestra civilización material, de la historia de la vida cotidiana y de sus múltiples consecuencias sociales, de una historia económica que conciba a lo económico en términos mucho más vastos y complejos que como lo ha concebido hasta hoy, de una historia demográfica inventiva e interpretativa y no puramente factual, estadística y descriptiva, de una historia de la familia genuinamente crítica y no puramente anecdótica, de una vasta y audaz historia social en todas sus ramificaciones y proyecciones diversas, de una historia del poder, de las jerarquías y de los mecanismos y configuraciones complejas diversas de lo político y de la política, lo mismo que de una amplia historia cultural, que sea a la vez historia de la psicología colectiva y de las creencias populares, historia de las culturas subalternas y de la cultura hegemónica, historia crítica del arte, de las religiones, o de las concepciones del mundo, o también historia de las ciencias e historia de la historiografía y de la memoria histórica igualmente críticas y heurísticas.

Una historia nueva, crítica y de vastas dimensiones, que no es otra que la historia genuinamente *global* defendida por los mejores representantes de las más avanzadas tradiciones del pensamiento crítico de los últimos ciento cincuenta años, desde el propio Carlos Marx hasta Immanuel Wallerstein o Carlo Ginzburg, y pasando por autores como Walter Benjamín, Norbert Elías, Marc Bloch o Fernand Braudel, entre otros²⁷. Historia global cuya agenda pendiente en el caso de la historia mexicana es, como vemos, todavía muy grande. Y que sin duda permitiría

²⁷ Sobre los aportes más importantes de varios de estos autores mencionados, pueden verse nuestros libros, Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Fernand Braudel y las ciencias humanas*, Ed. Montesinos, Barcelona, 1996, *Ensayos Braudelianos*, Ed. Prohistoria, Rosario, 2000, *Corrientes, temas y autores de la historiografía del siglo XX*, Ed. Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, Villahermosa, 2002, *Contribución a la historia de la microhistoria italiana*, Ed. Prohistoria, Rosario, 2003 e *Immanuel Wallerstein. Crítica del sistema-mundo capitalista*, Ed. Era, México, 2003.

igualmente reconstruir *de otro modo* a la memoria histórica de nuestra propia historia de México.

Historia global de México que además, permitiría efectivamente “desacralizar a nuestros héroes” actualmente vigentes, pero no simplemente para “rebajarlos” de su condición de mitos a la de hombres ordinarios y comunes -- como pretenden los autopostulados nuevos constructores de una memoria histórica *conservadora* que quisiera ahora volverse hegemónica--, sino más bien para mostrar como, detrás de esos “héroes” de la versión liberal están en realidad las clases populares y las masas campesinas, obreras, indígenas y urbanas de nuestro país, junto a los conflictos de orden económico, los choques de intereses de los grupos y fracciones políticas, los movimientos sociales y sus dinámicas específicas, así como las creencias y las culturas de los distintos grupos sociales de nuestro país.

Al mismo tiempo, esa historia mexicana global y crítica demostraría cómo *no debemos* en cambio “desatanizar a nuestros villanos” sino más bien fundar con más elementos y más sistemáticamente dicha condena y “satanización”, demostrando como los grupos y los poderosos intereses económicos, sociales y políticos que esos “villanos” han encarnado, siguen todavía vivos, amenazantes y actuantes dentro de nuestro más actual presente. Porque todavía hoy hay una Iglesia de los ricos que se alía con una derecha desvergonzada y belicosa, para entregar nuestro país a los intereses extranjeros, hoy en día en especial a los intereses norteamericanos, en un escenario en el que Iturbide, Santa Anna y Porfirio Díaz siguen siendo los modelos de los nuevos aspirantes a autócratas, a dictadores, a caudillos salvadores de la patria o a nuevos promotores de maximatos y de permanencias solapadas en el poder, que hemos visto y que continuamos viendo hoy dentro de nuestro país.

Frente a lo cual, es importante desarrollar esta *otra* memoria y esta *otra* historia alternativas. Memoria e historia críticas y muy diversas de las actualmente hegemónicas, pero también de las que el gobierno de Vicente Fox quiere impulsar ahora, que encuentran su punto de apoyo natural y su espacio de retroalimentación y de vasta afirmación social en el seno de las múltiples *memorias populares* hoy marginadas pero vivas dentro de las culturas de las clases subalternas. De esas memorias populares en las que, más allá de los ritos oficiales y de la memoria hegemónica, el gran anhelo de emancipación del Imperio español que irrumpió en el movimiento de Independencia, se terminó convirtiendo en la profunda y aún hoy muy arraigada difusión de la actitud y del sentimiento radicalmente *antiimperialistas* que permean a la cultura del pueblo mexicano hasta nuestros días, y en la que también, ese anhelo por la propiedad de la tierra y esa lucha por esa modernización que *mejorara realmente* las condiciones de vida de las grandes mayorías de nuestro país, anhelos y lucha que se hacen presentes en la revolución mexicana, van a mantenerse vigentes y actuantes como reclamos y demandas permanentes que recorren prácticamente todo el siglo XX mexicano y hasta hoy, arrancándole al poder todas las conquistas sociales de la última centuria --desde una Universidad Nacional de composición *más popular* que cualquier otra de las que ha habido en América Latina, hasta la existencia de un sistema de seguridad y de salud sociales que fueron también, alguna vez, los más amplios y desarrollados de nuestro semicontinente latinoamericano, entre otros--,

y reapareciendo con fuerza lo mismo en algunas dimensiones del cardenismo original o en el movimiento estudiantil popular de 1968, que en la vasta movilización electoral de 1988, o en la digna rebelión neozapatista estallada el 1 de enero de 1994.

Por eso, y por debajo de la memoria hegemónica, y más allá de la operación de 'intento de recambio' de esa memoria por parte del gobierno foxista actual, el "tata Lázaro" sigue repartiendo la tierra entre los campesinos, y el "2 de octubre no se olvida", y por eso continúa viva la veneración y la admiración populares hacia ese bronco caudillo norteño, nacido de esas mismas clases populares y al que ellas identifican sin duda alguna como uno de los suyos, y que es todavía el héroe popular Francisco Villa, al tiempo que el espíritu de "Votán Zapata" sigue cabalgando en todo el campo mexicano en contra de la injusticia y de la explotación, y cabalgando hoy en especial en las cañadas y en las montañas del Chiapas actual.

Y ello, hasta que seamos capaces de eliminar la explotación económica, el despotismo político y la discriminación social en todas sus formas. Lo que entonces, no hará que estos héroes o personajes genuinamente populares pasen simplemente al olvido, pero si hará en cambio que la fuerza de su recuerdo en la memoria no sea ya la del agravio de un anhelo no cumplido, la de una derrota trágica y triste, o la de una burla más del poder y de los poderosos, sino más bien la de una bella promesa finalmente realizada.

*

*

*